

## ¿Realmente es necesario cortar la historia en rebanadas?

Le Goff, Jacques

Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2016, 109 páginas

Jacques Le Goff es una de las figuras más importantes de la historiografía del siglo XX. Marcado por un siglo complejo, se interesó tempranamente, como muchos de su generación, por la Edad Media. Su valioso aporte se basa tanto en el desarrollo temático como, quizás más importante, el teórico de lo imaginario y las mentalidades. La obra *in comento* fue publicada en francés poco antes de la muerte del autor, siendo póstuma su reciente versión en español. Por ello, como señala la misma contratapa del libro, este puede ser visto como un corolario a su inigualable legado intelectual.

El breve ensayo que se reseña versa sobre la periodización que es, a decir del autor, una herramienta fundamental del análisis historiográfico, manifestación de procesos tanto históricos como culturales. Aquello con un lenguaje ameno y cálido, que facilita la lectura y la comprensión del mismo, transformándose en una obra tanto para el lector especialista como cualquier tipo de público.

El libro está organizado en ocho capítulos más un Prólogo y Preludio. En el primero, aclara que las breves páginas de la obra han sido resultado de una larga investigación sobre la Edad Media (p. 9). En los capítulos posteriores los elementos teóricos parten desde la reflexión de aquel periodo. Sin embargo, es el Renacimiento la centralidad del relato (p. 10), porque en estos dos periodos se puede observar, como él mismo señala, la dinámica del cambio-permanencia, donde se sustentan las divisiones entre ambos en edades o periodos (p. 9). A su vez, en la nueva lógica histórica en que nos estamos insertando, la historia global, Le Goff nos invita a "actualizar los sistemas de periodización" (p. 10).

Sigue el Preludio, que sirve como introducción al texto. Para Le Goff la necesidad de periodizar nace del problema de la humanidad de controlar el tiempo, intentando organizarlo en edades, épocas, ciclos (p. 11), por lo tanto, como "una acción humana en el tiempo" que no es neutral. En palabras del autor, "cortar el tiempo en periodos es necesario para la historia" (p. 11). Luego, se arguye una tesis no declarada explícitamente: el corte no es un simple hecho cronológico sino que expresa la idea de transición, de viraje y de contradicción con la sociedad y los valores de una sociedad precedente, y

“los periodos tienen por consiguiente un significado particular en su propia sucesión, en la continuidad temporal (dentro de) o en las rupturas que tal sucesión evoca, y constituyen un objeto de reflexión fundamental para el historiador” (p. 12). En este sentido, recalca que es un acto complejo, con carga subjetiva y de esfuerzo y, por lo tanto, “apasionante” (p. 13).

El primer capítulo, “Antiguas periodizaciones” analiza, por una parte, las dos grandes concepciones de la división de la historia en la antigüedad, con base en el centro cultural judeocristiano, las cuales están ligadas con simbolismos de la naturaleza y números (p. 15). Primero, la propuesta por Daniel en el Antiguo Testamento. La segunda, la proveniente de San Agustín, comparando los rasgos generales entre ellas. Por otra parte, con agudeza, aborda la periodización, en su opinión, la más importante de la Edad Media, realizada por Santiago de Vorágine en la Leyenda Dorada, que define según los principios temporales y santorales (p. 19).

El segundo capítulo, “Aparición tardía de la Edad Media”, pone en evidencia la historicidad del concepto. Es a partir del siglo XIV y XV que poetas y escritores italianos sienten que están viviendo un mundo diferente, lo cual les hace definir de manera peyorativa el periodo entre una “Antigüedad Imaginada” a una “modernidad imaginada” (p. 23). Revisa a Petrarca, sus modificaciones y la masificación del concepto hacia el siglo XVII. Con el romanticismo hacia el siglo XIX recién pierde su connotación negativa (p. 23). Sostiene que “la periodización de la historia no es en ningún caso un acto neutro o inocente: la evolución de la imagen de la Edad Media en las épocas modernas y contemporáneas es prueba de aquello. A través de ella se manifiesta una apreciación de secuencias así definidas, un juicio de valor, incluso si éste es colectivo. La imagen de un periodo histórico además puede cambiar con el tiempo” (pp. 24-25).

Es decir, es producto del hombre, por lo tanto, es artificial y provisoria, evolucionando con la misma historia (p. 25). Ésta tiene una doble utilidad. Primero, controlar mejor el tiempo pasado y, segundo, revela la fragilidad de esta herramienta del saber humano que es la historia (p. 25).

Uno de los capítulos más importantes es “Historia, Enseñanza, Periodos”, donde examina históricamente la relación entre estos tres conceptos. Aquí afirma que con la periodización el historiador configura una concepción del tiempo y, a su vez, una visión del pasado en una imagen continua y global. Acá se inserta, en no poca medida, la labor de la enseñanza, puesto que “para que [la historia] pudiera dividirse en periodos era necesario que accediera a la enseñanza” (p. 30), ejemplificando con Francia.

El capítulo siguiente, “Origen del Renacimiento”, enfatiza los rasgos característicos de dos grandes historiadores clásicos, Jules Michelet y Jacob

Burckhardt (pp. 36-45), reseñando sus contribuciones principales, sin realizar una comparación entre ellos. El primero propone, hacia el siglo XIX el término pero, el segundo, tuvo un gran impacto sobre todo en la academia francesa a la hora de considerar el Renacimiento como periodo (p. 36).

Luego, en "El Renacimiento hoy", revisa de forma sintética y certera los aportes de nuevos historiadores como Kristeller, Garin, Panofsky, Delumeau, Davis, Lindsmith (p. 46). Finaliza sosteniendo que el Renacimiento para él representa un último momento de una "larga Edad Media" (p. 56). En este sentido, sostiene que la periodización es un elemento útil para el historiador pero debe emplearse con "mayor flexibilidad" (p. 56).

En "La Edad Media se vuelve la Edad Oscura", analíticamente cuestiona aquella concepción, destacando los avances que se lograron, como son los progresos lingüísticos, la lectura y la escritura (p. 58), la referencia a la razón (p. 59). Afirma que para realizar una periodización es necesario tomar en cuenta el pensamiento dominante de la época estudiada (p. 60), destacando, por lo tanto, la necesidad de contextualizar los juicios posteriores sobre el mismo. Para el autor, una de las innovaciones del Renacimiento está en el arte (p. 65) pero gran parte es continuidad. Por ello, dice que en la historia las "rupturas son escasas" (p. 71).

El penúltimo capítulo, el más extenso de todos, desarrolla la temática de la continuidad-cambio entre los periodos ya tratados. Articula un relato donde se muestra implícitamente las condicionantes que operan en la periodización. Defiende lo que es su propia hipótesis temática, la continuidad Edad Media-Renacimiento (p. 72), que solo cambia a mediados del siglo XVIII (p. 91). Para ello utiliza elementos tales como el perfeccionamiento de la navegación (p. 72), la economía rural (p. 73), la instauración del pensamiento económico (p. 74) o el uso de metales (p. 76), entre otros. Luego repasa una interesante discusión sobre un año clave en la historia de la humanidad, 1492. Para este autor, la génesis del Estado moderno está en Edad Media-Renacimiento (p. 85). Finaliza con una reflexión fundamental: el pasado solo sirve como una herencia que permite dar el salto a un nuevo periodo (p. 95).

El último capítulo es el menos extenso, "periodización y mundialización", donde recalca cosas ya señaladas. La más importante: que la periodización se justifica por hacer de la historia una ciencia –no exacta–. En este sentido, se transforma en una herramienta fundamental para el historiador dominar el tiempo. Por ello, para Le Goff, un dominio como la historia precisa de una combinación de continuidad y discontinuidad, porque es algo vivo. Por lo tanto, su valor está en que "gracias a ella se entiende la forma en que se organiza y evoluciona la humanidad, en la duración y en el tiempo" (p. 98).

Una de las fortalezas del texto es demostrar que la periodización es un producto humano subjetivo, lo cual también es resaltado por Topolsky (1992), quien sostiene que las periodizaciones objetivas de la historia pueden llevar a imágenes erróneas del pasado. En este sentido, como el mismo libro señala, una visión estática de la historia deja de lado al sujeto, el cual se desarrolla en una historia con vida.

La principal debilidad del texto es el descuido del área metodológica y técnica que son imprescindibles para periodizar. Considerando que no está entre los propósitos del autor referenciar aquello, tanto la complejidad resaltada por Aróstegui (2001) como lo crucial de la herramienta (Topolsky, 1992) reclaman por sí solos una referencia detallada y sistemática de aquello. Le Goff, en este sentido, cubre magistralmente esta falencia con el desarrollo temático, lo cual es central para poder teorizar al respecto.

Finalmente, esta obra está escrita por un historiador de vasta trayectoria que intenta, desde su experticia, realizar un ensayo teórico-temático que sostenga una discusión provechosa sobre una de las tareas fundamentales de la historiografía. En este sentido, si es o no necesario “cortar la historia en rebanadas”, depende de una serie de variables ya identificadas, pero lo es sobre todo porque es una tarea humana insoslayable que permite observar las continuidades y los cambios de la historia.

Rafael Arriaza Peña<sup>1</sup>

## Referencias bibliográficas

Topolsky, J. (1992). *Metodología de la Historia*. Madrid: Cátedra.

Aróstegui, J. (2001). *La Investigación Histórica: Teoría y Método*. Barcelona: Crítica.

---

1 Profesor de Historia y Geografía. Programa de Magíster en Historia, Universidad de Chile.  
E-mail: [rafael.arriaza@ug.uchile.cl](mailto:rafael.arriaza@ug.uchile.cl)